

HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CULTURA DE PAZ

Autor. Mons. José Francisco Ulloa Rojas

INTRODUCCIÓN

Me parece de máxima importancia que la Federación Iberoamericana de Asociaciones para Adultos Mayores (FIAPAM) se ocupe de realizar actividades de carácter Intergeneracional en búsqueda de la construcción de una cultura de paz. El mismo lema que inspira este III Encuentro Internacional Intergeneracional que estamos celebrando es muy dicente: “EXPERIENCIA y CREATIVIDAD”. La paz no la construye un individuo, una generación, un sector de la humanidad, ni los países por sí solos. La paz en el mundo es fruto del esfuerzo de cada uno de los seres humanos que forman la familia humana. Hemos sido creados para convivir en paz. La felicidad que anhela todo ser humano desde que ve la luz hasta su fin natural, no se logra sino en un ambiente de paz.

Ante las tragedias que afligen a la humanidad, talvez nos viene la tentación de pensar que la paz es un ideal inalcanzable. Sin embargo, debemos estar convencidos que la paz no sólo es posible, sino que es necesaria. Paz que se ha de construir sobre los cuatro pilares que indicaba el Papa Juan XXIII en su Encíclica “Paz en la Tierra”: **la verdad, la justicia, el amor y la libertad**. La verdad será fundamento de la paz cuando cada individuo tome conciencia rectamente, más que de los propios derechos, también de los propios deberes con los otros. La justicia edificará la paz cuando cada uno respete concretamente los derechos ajenos y se esfuerce por cumplir plenamente los mismos deberes con los demás. El amor será fermento de paz, cuando la gente sienta las necesidades de las otras como propias y comparta con ellos lo que posee, empezando por los valores del espíritu. Finalmente, la libertad alimentará la paz y la hará fructificar cuando, en la elección de los medios para alcanzarla, los individuos se guíen por la razón y asuman con la valentía la responsabilidad de las propias acciones. Se impone, pues, un deber para todos los amantes de la paz: educar a las generaciones en estos ideales, para preparar una era mejor para toda la humanidad.

Para este objetivo me dispongo a ofrecer algunos principios orientadores dentro del marco de reflexión que nos tiene reunidos.

1.- LA PERSONA HUMANA, CORAZÓN DE LA PAZ

En efecto, debemos estar convencidos de que respetando a la persona se promueve la paz y que construyendo la paz se ponen las bases para un auténtico humanismo integral. Así es como se prepara un futuro sereno para las nuevas generaciones.

La Biblia nos dice: “Dios creó el hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó (Gen 1,27). Por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona; no es solamente algo, sino alguien, capaz de conocerse, de poseerse, de entregarse libremente y de entrar en relación con otras personas. Sólo en esta perspectiva, se comprende la tarea que se ha confiado al ser humano de madurar en su capacidad de amor y hacer progresar el mundo, renovándolo en la justicia y en la paz. Es por lo tanto, un compromiso permanente para el ser humano establecer relaciones de justicia y solidaridad y de buscar siempre la paz entre los individuos y los pueblos, sin olvidar que la paz es también un don de Dios. El Papa Juan Pablo II, dirigiéndose a la Asamblea General de las Naciones Unidas el 5 de octubre de 1995, dijo que nosotros “no vivimos en un mundo irracional o sin sentido..., hay una lógica moral que ilumina la existencia humana y hace posible el diálogo entre los hombres y entre los pueblos.

La “gramática trascendente, es decir, el conjunto de reglas de actuación individual y de relación entre las personas en justicia y solidaridad, está inscrita en las conciencias, en las que se refleja el sabio proyecto de Dios. Por tanto, la paz es también tarea que a cada uno exige una respuesta personal coherente con el plan divino. El criterio en que debe inspirarse dicha respuesta no puede ser otro que el respeto de la gramática escrita en el corazón del hombre por su divino Creador.”

El deber de respetar la dignidad de cada ser humano comporta como consecuencia que no se puede disponer libremente de la persona. En efecto, la paz se basa en el respeto de todos. Conscientes de ello, debemos hacernos pregoneros de los derechos fundamentales de cada persona. En particular, tener muy presente dos aspectos fundamentales: el respeto a la vida y la libertad religiosa de todos. El derecho a la vida en todas sus fases, porque la vida es un don que el sujeto no tiene a su entera disposición. Igualmente, la afirmación del derecho a la libertad religiosa pone de manifiesto la relación del ser humano con un principio trascendente.

Por lo que se refiere al derecho a la vida, es preciso mencionar el estrago que se hace de ella en nuestra sociedad: además de las víctimas de los conflictos armados, del terrorismo y de diversas formas de violencia, hay muertes silenciosas provocadas por el hambre, al aborto, la experimentación sobre los embriones y la eutanasia. Todo esto lo sufren sujetos de las diversas generaciones que habitan nuestro mundo. ¿Cómo no considerar todo esto un atentado a la paz?

Respecto a la libre expresión de la propia fe, existe un síntoma preocupante de falta de paz en el mundo, que se manifiesta en las dificultades que muchos creyentes de diversas religiones encuentran con frecuencia para profesar públicamente sus convicciones religiosas. Esto promueve necesariamente una mentalidad y una cultura negativa para la paz.

Por otra parte, en el origen de frecuentes tensiones que amenazan la paz se encuentran muchas desigualdades injustas que, trágicamente, hay todavía en el mundo. Entre ellas cabe mencionar las desigualdades en el acceso a bienes esenciales como el alimento, el agua, la habitación o la salud.

Por esta razón, un elemento de importancia primordial para la construcción de la paz es el reconocimiento de la igualdad esencial entre las personas humanas, que nace de su misma dignidad trascendente.

En este sentido, la igualdad es, pues, un bien de todos, inscrito en esa “gramática” natural que se desprende del proyecto divino de la creación; un bien que no se puede desatender ni despreciar sin provocar graves consecuencias que ponen en peligro la paz.

Otro elemento clave, digno de considerar es lo que se ha dado por llamar “la ecología de la paz”. El Papa Juan Pablo II, en su carta Encíclica *Centesimus annus* nos dice: “No sólo la tierra ha sido dada por Dios al hombre, el cual debe usarla respetando la intención originaria de que es un bien, según la cual le ha sido dada; incluso el hombre es para sí mismo un don de Dios y, por tanto, debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido dotado”. Respondiendo a este don que el Creador le ha confiado, el hombre, junto con sus semejantes, puede dar vida a un mundo de paz.

Así, pues, además de la ecología de la naturaleza hay una ecología humana, y que a su vez requiere una ecología social. Esto comporta que la humanidad, si tiene verdadero interés por la paz, debe tener siempre presente la interrelación entre la ecología natural, es decir el respeto por la naturaleza, y la ecología humana, dando como resultado una ecología de la paz.

2. LA FAMILIA HUMANA, COMUNIDAD DE PAZ

No vivimos unos al lado de otros por casualidad, todos estamos recorriendo un mismo camino como hombres y mujeres y por consiguiente como hermanos y hermanas. Por eso es esencial que cada uno se esfuerce en vivir la propia vida con una actitud responsable ante Dios, reconociendo en Él la fuente de la propia existencia y la de los demás. Sobre la base de este principio supremo se puede percibir el valor incondicionado de todo ser humano y así poner los fundamentos para la construcción de una humanidad en paz. Sin este fundamento trascendente, la sociedad es sólo una agrupación de ciudadanos, y no una comunidad de hermanos y hermanas, llamados a formar una gran familia.

La familia humana posee la única casa para todos, esta casa es la tierra, el ambiente que Dios Creador nos ha dado para que lo habitemos con creatividad y responsabilidad. Hemos de cuidar el medio ambiente: éste ha sido confiado al ser humano para que lo cuide y lo cultive con libertad responsable, teniendo siempre como criterio orientador el bien de todos. Respetar el medio ambiente no quiere decir que la naturaleza material o animal sea más importante que la persona humana. Quiere decir más bien que no se la considera de manera egoísta, a plena disposición de los propios intereses, porque todas las generaciones tiene también el derecho a obtener beneficio de la creación, ejerciendo en ella la misma libertad responsable que buscamos para nosotros.

La experiencia demuestra que toda actitud irrespetuosa contra el medio ambiente conlleva daños a la convivencia humana, y viceversa. Cada vez se ve más claramente un nexo inseparable entre la paz con la creación y la paz entre los hombres. La destrucción del ambiente, su uso impropio o egoísta y el acaparamiento violento de los recursos de la tierra, generan fricciones, conflictos entre generaciones y culturas, precisamente porque son fruto de un concepto inhumano de desarrollo. En efecto, un desarrollo que se limitara al aspecto técnico y económico, descuidando los valores morales y espirituales, no sería un desarrollo humano integral y al ser unilateral, terminaría fomentando la capacidad destructiva del hombre. Hoy urge un desarrollo espiritual para todos. Es fundamental por consiguiente, sentir la tierra como nuestra casa común, para ponerla al servicio de todos,

Una condición esencial para la paz en la gran familia humana es que se apoye sobre el sólido fundamento de valores espirituales y éticos compartidos, con mayor urgencia dentro del marco del fenómeno de la globalización. Es preciso comprometerse en la búsqueda de una economía que responda a las exigencias de solidaridad y bien común con dimensiones planetarias, a emplear acertadamente los recursos y en distribuir la riqueza con equidad. Por fin, se ha de tener muy en cuenta la exigencia ética de procurar que la organización económica no responda sólo a las leyes implacables de los beneficios inmediatos del libre mercado, que siempre resultan inhumanas.

Como lo ha demostrado la crisis financiera por la que está pasando el mundo. Más que falta de capital monetario es también la falta de capital espiritual, afirmaba un analista. Sobre esta situación expresó el Papa Benedicto XVI: “Es preciso elegir entre la lógica del lucro como criterio último de nuestra actividad y la lógica del compartir y de la solidaridad. Si escogemos la lógica del compartir y de la solidaridad, será posible dirigir el desarrollo económico de forma que asegure el bien común de todos. Para lograr esto, continúa diciendo el Papa, necesitamos ser capaces de elegir entre el egoísmo y el amor, entre la justicia y la deshonestidad, y no dejarnos absorber por una búsqueda egoísta del lucro”.

3. EL DIALOGO ANTE GENERACIONES PARA UNA CIVILIZACION DEL AMOR Y DE LA PAZ

Hoy más que nunca se hace más viva la esperanza de que las relaciones entre los hombres y mujeres se inspiren cada vez más en el ideal de una fraternidad verdaderamente universal. Sin compartir este ideal no podrá asegurarse de modo estable la paz. Hay muchos indicios que llevan a pensar que esta convicción está emergiendo con mayor fuerza en la conciencia de la humanidad. El valor de la fraternidad está proclamado por las grandes “cartas” de los derechos humanos, en particular por la Organización de las Naciones Unidas y es requerido por el proceso de globalización que une en forma creciente los destinos de la humanidad. La misma reflexión de los creyentes en las diversas religiones, insiste que la relación con el único Dios, Padre común de todos los seres humanos, lleva a la vivencia de la fraternidad.

Sin embargo, no se puede ocultar un mundo marcado por tantos conflictos y violencias que oscurecen las relaciones entre los seres humanos de diferentes culturas y civilizaciones. Para lograr superar estos problemas que ponen en peligro el futuro de la paz, sólo existe un camino, el camino del diálogo. Es a través del diálogo que se respetan las diferencias de las personas, de los pueblos y al mismo tiempo se reconoce la riqueza que encierran.

Por otra parte, el diálogo lleva a la recíproca comprensión y comunión. La práctica del diálogo supone cortesía y amor a la verdad. Una de las reglas de oro para el diálogo es esta: “Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso y amor en todo”.

Es a través del diálogo que se dejan prejuicios arraigados y se revisan ideas preconcebidas. Como tal, el diálogo es un instrumento eminente para realizar la civilización del amor y de la paz. El diálogo intergeneracional hoy es más necesario que nunca, si se considera el impacto de las nuevas tecnologías de la comunicación en la vida de las personas y de los pueblos. Vivimos en la era de la comunicación global, que nos da la información precisa y actualizada y prácticamente accesible a todos, en cualquier parte del mundo. Este fenómeno está transformando no sólo las relaciones entre los pueblos, sino también la misma comprensión del mundo.

Sólo mediante una educación para el diálogo es posible derrumbar las barreras intergeneracionales. El modelo del diálogo y de la apertura es Jesús de Nazaret, que no fue albañil para construir muros de divisiones, sino carpintero para abrir puertas y ventanas para el encuentro entre los seres humanos.

En este sentido hago un llamado a los jóvenes y a los adultos mayores. Los jóvenes son el futuro de la humanidad y las piedras vivas para construir una civilización de amor y de paz. A los jóvenes les espera una tarea ardua y apasionante: ser hombres y mujeres capaces de construir un mundo solidario, un mundo de paz y de amor a la vida, en el respeto de todos. Ellos han de ser artífices de una nueva humanidad, donde hermanos hermanas, miembros todos de una misma familia, puedan vivir finalmente en paz.

Las personas adultas mayores representan la memoria histórica de las generaciones más jóvenes, son portadores de valores fundamentales. Dondequiera que falte la memoria faltan las raíces y con ellas la capacidad de proyectarse con las esperanzas en un futuro que vaya más allá de los límites del tiempo presente. La familia y por tanto, toda la sociedad recibirán un gran beneficio con la valoración del papel educativo de la

persona mayor. A los adultos mayores les corresponde ser fieles a los ricos y grandes valores que han vivido y dejarlos como preciosa herencia a las nuevas generaciones. Son ellos los que deben inyectar, esperanza, entusiasmo, amor y sentido por la vida a un mundo sin sentido, desanimado y sin esperanza. De esta manera, todos nos convertimos en protagonistas de la paz.

Conclusión

Para finalizar quiero recordar que para construir la verdadera paz en el mundo, la justicia ha de complementarse con el amor. A veces, justicia y amor aparentan ser fuerzas antagónicas. Pero, no son más que las dos caras de una misma realidad, dos dimensiones de la existencia humana que deben completarse mutuamente. Por sí sola la justicia no basta. Por eso para los cristianos y para todas las personas de buena voluntad la necesidad del perdón es indispensable para solucionar los problemas, tanto de los individuos como de los pueblos. No hay paz sin perdón. Estamos convencidos que el amor es la forma más alta y más noble de relación de los seres humanos entre sí. El amor debe animar, pues, todos los ámbitos de la vida humana., extendiéndose igualmente a las generaciones. Sólo una humanidad en la que reine la “civilización del amor” podrá gozar de una paz auténtica y duradera.

La paz se consigue cuando vamos con humildad hacia el otro, con nuestras diferencias y logramos ver en él a un hermano, a un miembro de mi familia humana, al punto que incluso valoramos su delicada y única combinación de particularidades y defectos. No olvidemos que el primer acto de violencia y el primer crimen en la historia de la humanidad, fue el homicidio de Abel por su hermano Caín y el motivo fundamental fue porque a Caín se le olvidó que Abel era su hermano, según nos narra el Libro del Génesis. La paz está cerca cuando, con generosidad, dedicamos nuestros esfuerzos a servir a los demás, no a servirnos de los demás.

Existe un antiguo principio que quiero recordar a todos los en las diversas generaciones que nos movemos: “Omnia vincit amor! “todo lo vence el amor. Sí, al final vencerá el

amor. Que cada uno de nosotros nos esforcemos para que esta victoria intergeneracional llegue pronto. A ella, en el fondo, aspira el corazón de todos. La paz es posible. La paz es necesaria.

Mons. José Francisco Ulloa Rojas

Obispo Diocesano de Cartago, Costa Rica